

Nuevos incidentes de viajes a, *Yucatán*

(retratados por un joven aventurero y
relatados por un caballero explorador)



El encuentro de dos mundos –maya y colonial– ofrece una experiencia que no se ha visto en ningún otro lugar; arquitectura, naturaleza y gastronomía impactantes, rodeadas de lujo. A este “refugio” **NICOLÁS ALVARADO** llegó bien acompañado y terminó agotado, pero exitoso y maravillado.

FOTOS **JOSÉ LUIS ARANDA**

Ensalada *Kinich*, con longaniza de Valladolid, codzito, polvo de pepita de calabaza y ajonjolí negro; corredor principal de la hacienda Tekik de Regil.



Dos tipos de personalidad contrastante, una chica guapa, un vehículo motorizado, un territorio

ignoto: los ingredientes se antojan los de una *road movie* y acaso esto vaya a serlo. Me ha sido confiada una misión –dedicar un fin de semana a explorar la ciudad yucateca de Izamal y sus alrededores, pletóricos de atractivos prehispánicos, coloniales, postcoloniales y naturales– y, aunque no me siento particularmente dotado para ella –lo mío es el puro y el martini–, la acepto ya sólo porque necesito un respiro.

A la chica la he traído yo, y suma a su belleza una inteligencia lúcida, una disposición entrañable y un cierto talante aventurero del que yo mismo (lo he dicho ya) carezco. En cuanto al otro tipo –el Bing Crosby a mi Bob Hope... ¿o será el Michael Douglas a mi

Danny De Vito?– es el fotógrafo José Luis Aranda, autor de las imágenes que ilustran estas páginas y, a priori, absoluto opuesto mío: joven, delgado, espiritual (donde yo resulto, si acaso, espirituoso), atlético, devoto de la naturaleza. Ojalá, me digo, seamos, pese a nuestras diferencias, una buena dupla, siquiera la mitad de solvente que Catherwood y Stephens, aquellos exploradores primigenios del Yucatán cuyo trabajo estaremos felizmente condenados a emular.

La referencia no es gratuita, y es que el espíritu de ambos y el nombre de uno se ciernen sobre este periplo: Catherwood Travels es el nombre inglés de la empresa mexicana que organiza

nuestro viaje. Inspirada por el espíritu de descubrimiento y maravilla que llevara al dibujante británico Frederick Catherwood y al escritor estadounidense John Lloyd Stephens a recorrer el mundo maya en la primera mitad del siglo XIX, y a publicar dos libros –*Incidentes de viajes por la América Central, Chiapas y Yucatán* e *Incidentes de viajes por el Yucatán*– que avivarían el interés europeo por el estudio y la exploración de las civilizaciones mesoamericanas, la agencia se dedica a vender no paquetes sino experiencias de viaje –o, mejor, de vida– por todo el estado. Aliada con Grupo Plan –empresa dueña de varias antiguas haciendas y casas yucatecas y campechanas, restauradas a su antiguo esplendor ya para su explotación en tanto hoteles de lujo operados por The Luxury Collection, ya para su renta por noche a particulares–, así como con Fomento Cultural Banamex y su programa de apoyo a artesanos Grandes Maestros del Arte Popular Mexicano, Catherwood dispone de recursos no sólo excepcionales, sino únicos para ofrecer al viajero interesado en alejarse de los senderos más transitados una vacación no sólo original, sino imposible de replicar sin sus servicios e infraestructura. Lo que es más, en nuestro particularísimo caso, el itinerario parecería compaginar intereses que se antojarían irreconciliables: naturaleza que José Luis y Eunice (ésa es mi chica) anhelan, y lujo que a mí –echado a perder que estoy– me resulta indispensable.

DÍA 1: IZAMAL

Si Mérida es proverbial Ciudad Blanca, Izamal ha de ser, por fuerza, Villa Amarilla. Pintadas la mayoría de las construcciones de su centro histórico de un color que recuerda el del chile habanero semimaduro –esto en honor de una visita papal pretérita–, es una población de unos 15 mil habitantes que apenas empieza a desarrollar la vocación turística que amerita su doble legado histórico prehispánico y colonial. Así, aun cuando en su zócalo hay estacionadas calesas para el paseante de ocasión, no debe el viajero esperar en sus portales la habitual proliferación de cafés, bares y tiendas que caracteriza un destino turístico; así, pierde en oferta de entretenimiento pero gana en serenidad.

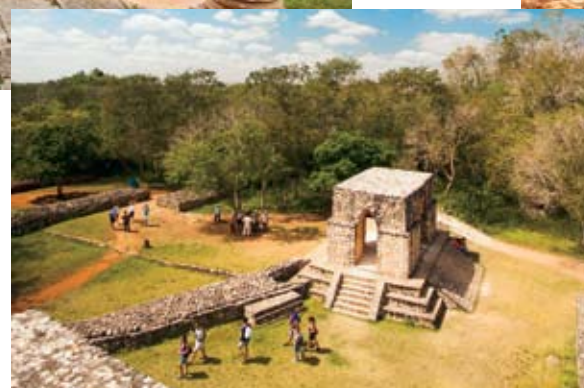
La camioneta nos deposita en Casa de Madera, la villa privada que ha de ser nuestra residencia a lo largo de los siguientes días. Se trata de una mansión decimonónica restaurada con lujo y primor, con cinco habitaciones dispuestas en torno a un gran jardín tropical, con estanque, alberca y, perchada en una plataforma en medio de éste, una mesa para sentarse a degustar un festín yucateco preparado por el staff de tres personas que se ocupa de la limpieza y la cocina de la casa. Así lo hacemos y, tras una entrada de *sikilpak* –una *delicatessen* aterciopelada, hecha de pepita de calabaza, cilantro y tomate–, un *poc chuc* –cerdo marinado en naranja, servido con el mítico frijol colado típico del sureste–, un helado de coco y un par de cervezas Montejo, estamos listos para recorrer el pueblo.



Un elegante caballero, nuestro guía en Ek Balam, don Humberto; paseo en calesa por el pueblo de Izamal al caer el sol.



Jardín de la hacienda Tekik de Regil; zona arqueológica Ek Balam.



El centro de Izamal despierta en las faldas de su imponente convento franciscano, construido sobre la pirámide Ppapp-Hol-Chac.





Casa Azul; una pausa con agua de jamaica, en Casa de los Artistas; sikilpak, hecho de pepita de calabaza, cilantro y tomate, en Casa de Madera.

Una calesa nos aguarda para iniciar nuestro paseo. Doblamos por calles en que las construcciones coloniales alternan con vestigios prehispánicos –una de las pirámides más grandes del estado, llamada Kinich Kak Moo, se alza, de hecho, a pocas cuadras– para visitar, primero, un par de talleres artesanales de donde salimos con los brazos llenos de tallas de madera (y Eunice, con un collar de cocoyol, semilla que, pulida, nada tiene que envidiar al coral negro).

Nuestra siguiente parada es el Centro Cultural y Artesanal Izamal, conjunto que reúne un museo de artesanías de todo el país, una tienda donde muchas de éstas pueden ser adquiridas, un spa que ofrece tratamientos de inspiración tradicional maya, y una cafetería. La colección es de veras deslumbrante –quiero para mi mujer uno de esos

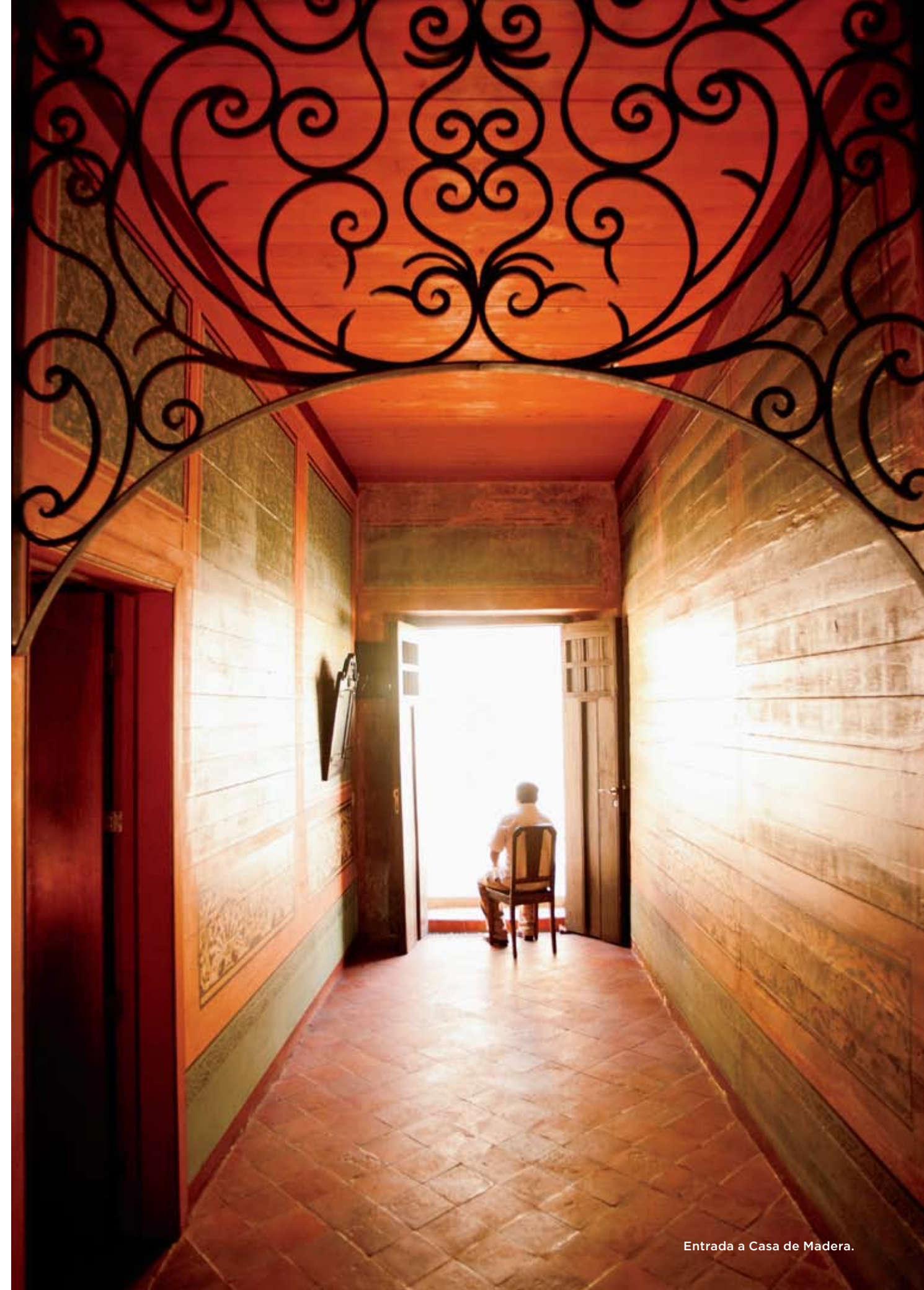
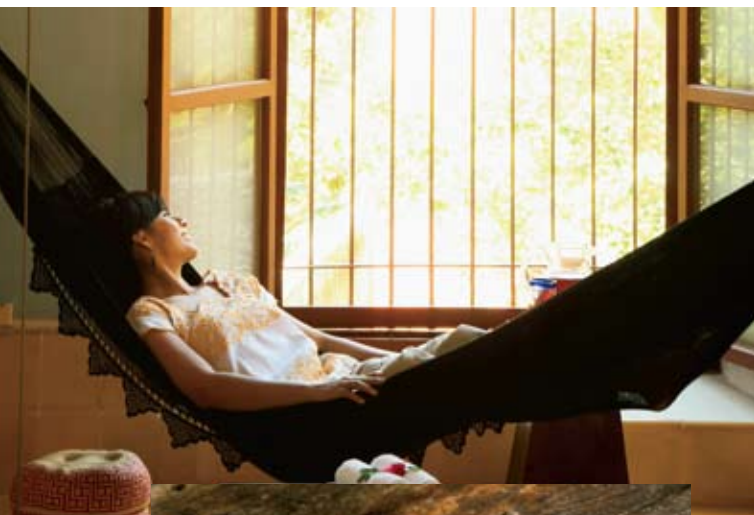
rebozos rematados con plumas; y aunque la obsesión nacional con la muerte suele dejarme frío (¡mis demasiadas lecturas de Paz!) no puedo dejar de reconocer la pericia con que está realizada esa procesión fúnebre en papel maché–, y nos quedamos con verdaderas ganas de un masaje Kabul en los –a estas alturas– doloridos pies; lo que atraparé mi atención, sin embargo, ha de ser la arquitectura, capricho logradísimo. Me explico: el Centro Cultural y Artesanal ocupa una casona del siglo XVI, contigua –como tantas construcciones izamalenas– a una pirámide. Y Grupo Plan encargó al arquitecto local Enrique Cabrera –un modernista rabioso, digno de toda mi admiración– la adecuación, para la cual realizó una intervención sobria pero espectacular merced a acabados barraganescos, celosías minimalistas y palmeras borrachas de sol pero hinchidas de sombra. El resultado encierra el espíritu mismo de Izamal: tres tiempos eternamente presentes; lo indígena, lo español y lo mexicano en espectacular sincronía.

Nos aguarda todavía para coronar la jornada, sin embargo, otra sorpresa sinérgica en la construcción que es considerada *pièce de résistance* de la arquitectura de Izamal: el Ex Convento de San Antonio de Padua, edificado para monjes franciscanos en el siglo XVI y emplazado sobre otra de las tantas pirámides –una enorme– patrimonio de la ciudad. Subimos la escalinata conscientes de estar a un tiempo franqueando la entrada de un templo católico y la de uno maya; llegamos al atrio –el segundo más grande del mundo, sólo superado por el de San Pedro en el Vaticano– y nos perdemos no sólo en el lujo del espacio sino en el esplendor de las estrellas, que relumbran en un cielo despejadísimo. Recuerdo entonces la pregunta de Nietzsche a Lou Andréas Salomé –“¿En virtud de qué astros hemos venido a encontrarnos aquí?”– y el cielo germánico que los cobijara en el siglo XIX se revela el mismo que contemplaran los mayas en el XII, los españoles en el XVII o nosotros, aquí, en el XXI.

De vuelta en el jardín de Casa de Madera, cada uno con su Cinzano, José Luis, Eunice y yo compartimos un largo silencio (y ella y yo, además, una mirada cómplice). Amén.

DÍA 2: EK BALAM / XCHEN

La camioneta ha de pasar por nosotros –qué remedio– ocho y media de la mañana. Así, me pierdo voluntariamente los huevos revueltos con chaya –una fragante hierba local–, (Continúa en la página 86)



NUEVOS INCIDENTES DE VIAJES A YUCATÁN



(Continuación de la página 69) para dormir media hora más. Para las 10, llegamos a Ek Balam, a donde nos lleva don Beto, uno de los guías de Catherwood, quien conjuga la elegancia de un Fred Astaire maya con la erudición de un Eduardo Matos yucateco.

El sitio es, en efecto, muy impresionante –el tercero en importancia en Yucatán, después de Palenque y Chichén Itzá–, y admiramos su gran pirámide oval. Perderemos la respiración, sin embargo, cuando nos enfrentemos a lo que don Beto llama la Acrópolis: una construcción de dimensiones mayestáticas que alberga en lo alto una preciosidad de estuco blanco, que ha resistido el paso del tiempo –y los pasos de los turistas que se apelonan a su alrededor– con suma gallardía. Se trata de la cámara de meditación del monarca maya Ukit Kan Le'k Tok', paralelepípedo blanco tallado con minucia, que desde su muerte le sirve de morada final. Me sobrepongo a mi molicie habitual y subo a lo alto, de la mano de Eunice. Perderemos el habla. Ignoro en qué piense ella –sólo la siento–, pero yo no puedo sino evocar los postres cremosos, sembrados de satinadas fruslerías, de la chilanga Pastelería Ideal. Será que ya hace hambre.

Terminada la visita nos llevan, en efecto, a comer. Pero no a un restaurante sino a una de las haciendas propiedad de Catherwood: Xchen. Ésta, sin embargo, no está destinada al alojamiento sino a la aventura: gastronómica, sí –haberme zampado cinco tacos de cochinita recién hecha, deliciosos, constituye una hombrada–, pero, sobre todo, natural. Y es que Xchen alberga un cenote, oquedad profunda de un azul intensísimo, en el que sólo el joven y naturista José Luis se atreve a nadar. (Su valentía tendrá su recompensa: la posibilidad de hacerle unas fotos a la bella yucateca que ha preparado la cochinita, con la gruta como telón de fondo.)

Tras un merecido reposo, necesarias abluciones y un par de Melox, somos llevados a cenar a otra propiedad Catherwood, ahora en Izamal mismo: la Casa de los Artistas, construcción colonial imbuida de fascinante

espíritu contemporáneo por el arquitecto local Salvador Reyes. Los pisos de cerámica de bello diseño, las intervenciones sobrias a las paredes ornamentadas y el “trío de dos” –son, en efecto, dos que cantan y tocan trova yucateca, y de lo más bien– que ameniza nuestro ambigü en una terraza, conspiran para hacer de ésta una noche mágica. Nos quitamos los zapatos para encaramarnos en las tumbonas a escuchar y escucharnos. ¿En virtud de qué astros –insisto– hemos venido a encontrarnos aquí?

DÍA 3: TEKIK DE REGIL

El tercer día comienza con un aparente anticlímax –después de Ek Balam, el sitio arqueológico de Aké se antoja modesto–, pero encuentra su pronta compensación en el avistamiento de una hacienda henequenera a un tiempo en ruinas y en operación, hermosa evocación decadente del Londres victoriano en pleno trópico. Será ésta, sin embargo, una imagen fugaz: pronto hemos de abandonar la zona para dirigirnos a Tekik de Regil, donde se alza la que nos anticipan ya como la joya de la ristra de haciendas de Catherwood.

Un conjunto de construcciones neoclásicas en distinto grado de restauración. A izquierda, la antigua capilla, de reluciente albor, que hoy sirve lo mismo para celebrar bodas de cualquier denominación distinta a la católica (ya no está consagrada) que para los ritos orgiásticos del bailongo postnupcial. A derecha, una construcción de piedra hermosamente ruinosa, otrora activamente henequenera y hoy museo de tal industria, repleta de maquinaria hermosamente obsoleta. Y, entre ellas, la casa principal, de vagas resonancias toscanas y muros y techos pintados de trampantojos florales.

Aquí están dispuestas dos suites –no es hotel sino que se renta para bodas–, una de las cuales ostenta una alberca interior que se prolonga en el exterior, y una cocina que no se utiliza para preparar banquetes –resultaría demasiado pequeña– sino para ofrecer a los viajeros clases de cocina, como la que ha de constituir nuestra despedida.

Nuestro maestro es Christian Bravo, chef poblano formado en España y hoy mandamás de las cocinas de las haciendas hoteleras que opera The Luxury Collection en el sureste. Los tres pupilos nos calamos delantales y ponemos torpes manos a la elevada obra: pasadas dos horas no sólo Eunice –la más avezada– ha aprendido a preparar una sopa de chaya y piña, y un rib eye a la yucateca –con recado rojo– sino que José Luis ha aprendido a utilizar el nitrógeno como ingrediente de cocina –le ha servido para contribuir a un postre cuya apariencia remeda la de los huevos motuleños, con *coulis* de frambuesa en vez de salsa de tomate y nostálgicas Chocoretas en lugar de chícharos– y yo mismo puedo preciarme de haber participado de manera muy activa en la preparación de una ensalada en que lechugas y tomates son realzados por queso de cabra revolcado en ajonjolí negro, longaniza de Valladolid, polvo de pepita de calabaza, codzitos y una vinagreta poderosa, cuyo ingrediente secreto es fondo de res. Lo que es más, las torteadoras reclutadas por Christian nos han enseñado a hacer nuestras propias tortillas, con las que acompañamos esta última comida, deliciosa y deliciosamente servida *al fresco*.

José Luis, que ha de quedarse a hacer más fotos, nos despide en el aeropuerto. La *road movie* ha terminado y Eunice y yo celebramos el *fade out*. Final feliz. ✚

GUÍA DE YUCATÁN

DÓNDE HOSPEDARSE CASA DE MADERA CASA DE LOS ARTISTAS CASA AZUL

De una a seis habitaciones; renta por noche, con staff para limpieza y cocina. catherwoodtravels.com

ECO-HOTEL ITZAMALTÚN

Calle 31 No. 251, Centro; 988/954-0023; itzamaltun.com

DÓNDE COMER

KINICH Calle 27 No. 299; 988/954-0489.

DÓNDE PLANEAR Y RESERVAR UNA EXPERIENCIA A LA MEDIDA CATHERWOOD TRAVELS

01800-823-0585; catherwoodtravels.com

DÓNDE COMPRAR CENTRO CULTURAL Y ARTESANAL IZAMAL

Museo, café y artesanías. Martes a sábado: 10 am-8 pm, domingo: 10 am-5 pm; Calle 31 No. 201, Centro; 988/954-1012; centroculturalizamal.org.mx

